

La noche de los cuadernos rotos

**La noche de los
cuadernos rotos**
Carlos Cabrera

LA NOCHE DE LOS CUADERNOS ROTOS
©CARLOS ALBERTO CABRERA

1ª Impresión - octubre 2017

Arte de tapa: Carlos Alberto Cabrera

Producción & Impresión: Semilla Creativa
www.semillacreativa.com.ar

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por el Editor, viola los derechos reservados, incluyendo su uso por internet o cualquier otro medio electrónico.

Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Hecho depósito que marca la ley 11.723

Contenido

I. EL DEBUT DE LOS INOCENTES	9
II. GRACIAS, PADRE TOMÁS	15
III. LOS SUEÑOS DE LA BANDA PÚRPURA	22
IV. DROGA DIET Y LA LOCURA DEL LOCO	29
V. EL MAGO Y LA ABEJA REINA	36
VI. ¿DÓNDE ESTÁ ALBA?	42
VII. ELLAS, LAS MUJERES	48
VIII. DETENCIÓN Y TORTURA	54
IX. ALBA REAPARECE EN LA ESCENA	61
X. LA SOMBRA DE LA MUERTE	67
XI. A LA COMISARÍA	73
XII. REENCUENTRO ENTRE REJAS	79
XIII. EL ROCK DEL RELOJ Y EL ÚLTIMO TREN	84
XIV. LOS CAMUFLADOS	88
XV. VACACIONES EN CÓRDOBA	94
XVI. DE MINA CLAVERO A MERLO	99
XVII. EL COFRE DE LA MEMORIA	103
XVIII. EN NOMBRE DE EVA	109
XIX. ADQUIRIENDO CONCIENCIA	115

XX. LA PRIMA KOLDORFF (PERO CON K)121
XXI. LA HORA DEL MUNDIAL127
XXII. UN NACIMIENTO PELIGROSO133
XXIII. THE PURPLE BAND AND THE END143

I

EL DEBUT DE LOS INOCENTES

Nos conocimos en el patio de una escuela que ya no existe. El primer día me ofreció un libro de Historia a cambio de otro que le provocara espanto; busqué en la biblioteca de mi casa un cómic de Lovecraft creyendo que el miedo le quitaría el sueño y sufriría noches de vigilia. Había sido muy gentil conmigo. Iba un curso por delante y me pasaba datos de los exámenes que ya conocía. Parecía bueno relacionarse con los mayores, pero pronto me di cuenta del peligro. Los más grandes sabían cosas que los más chicos debían descubrir a los golpes. El director de la escuela, que educaba con un gran sentido militar de la jerarquía y la subordinación, había ordenado trazar una línea roja en el patio para evitar que nos mezcláramos con los cursos superiores. Por un lado, los soldados experimentados del frente, por el otro, nosotros, los novatos. De tanto en tanto, con mi amigo de mayor rango, compartíamos alguna charla en los baños para fumar secretamente. Recuerdo que me dijo algo que el tiempo me devolvió como una verdad incuestionable: *“nunca les tengas miedo a los que mandan; a esos siempre les gusta dominar con el terror”*.

Fueron las últimas palabras grabadas en mi memoria.

Se llamaba Ernesto y tenía un hermano gemelo al que había que nombrar para saber quién era quién. Por aquellos días lo conocí muy bien. Solíamos hacernos la “rata” para ver películas prohibidas de la Sarli y masturbarnos con las imágenes exuberantes de sus tetas; de vez en cuando, me invitaba a algún cumpleaños dónde había niñas de trece que se pintaban como las de veinte. Su carácter transgresor, menos atado a las convenciones, nos hizo pensar que andaba en algo raro porque, en ocasiones, desaparecía sin dejar rastros. La

madre sospechaba de una muchacha del barrio, pero la voz del padre tranquilizó a todos: “*¡Dejalo, mujer, ¿no ves que se está haciendo hombre?!’*”. Y la familia se regocijaba viendo como crecía el muchacho.

La noche del 20 de septiembre de 1975 un comando de la Triple A los ejecutó con un tiro en la nuca en el zaguán de la propia casa. No sabían cuál de los dos era al que buscaban, se parecían demasiado y, Seba, a quien le auguraban mejor destino, padeció el estigma del otro. Vivían en Avellaneda y eran hinchas de la Academia. Cuando se los llevaron a la morgue la caravana de amigos pasó silenciosa por la puerta del estadio con los dedos en V.

El día siguiente fue el de la vida, rosada y luminosa. El canto de los pájaros enamorados silbaba sobre los besos de los jóvenes que se amaban entre las flores. La primavera siempre fue así y la belleza entre los hombres era posible; también la oscuridad. La descubrimos, de a poco, en cuotas de horror, diferente al mundo ingenuo y apacible en el que hasta entonces habíamos vivido.

Las noticias oscuras se escuchaban en voz baja por temor a que alguien oyera. Así se vivía, ocultando verdades atroces mientras todo parecía normal y así se nos educaba. Sin embargo, nuestra aparente fragilidad no había matado la razón y el entendimiento. Sabíamos que detrás de toda situación violenta había paredes ocultas y sombrías. Subversivo era mala palabra por lo que, su extinción, era algo así como un acto de justicia en defensa de la nación y los ciudadanos de buenas costumbres que habitaban un país libre.

Algunos meses después las Fuerzas Armadas tomaron el poder (que ya estaba tomado) para declarar: “*Un terrorista no es sólo el portador de una bomba o una pistola, sino también el que difunde ideas contrarias a la civilización cristiana y occidental’*”.

Aquellos perros sabían muy bien lo que buscaban. Por eso nos salvamos. Nunca habíamos cruzado la frontera. Nunca

dejamos de ser un grupito de melenudos que sólo estimulaban sus cabezas locas a puro rock o música psicodélica...y algo de drogas y vino tinto, también (jeje).

Inexorablemente crecíamos descubriendo un mundo desconocido y tenebroso. Éramos, todavía, una banda de inocentes con el pelo largo y el circo en la vestidura.

Pero detrás de esa aparente fragilidad mental nuestra, que en definitiva fue la que nos salvó, se estaba construyendo una generación de pensamientos supersónicos que nunca jamás hubiera llegado demasiado lejos en un sistema opresor y represivo que se extinguió, definitivamente, por fortuna, después de Malvinas.

Y, así, nos fuimos acostumbrando, de a poco, a una nueva categoría de poder y relaciones humanas, sometida a la nueva concepción liderada por el gran gendarme del mundo que entrenaba en West Point.

En América, La Guerra Fría llegaba a su fin con la extirpación definitiva de todo rastro marxista. Pero nos salvamos porque todavía éramos unos pelotuditos que estábamos en proceso de formación para un lado, para el otro o para uno nuevo, distinto y diferente.

"The Purple Band" estaba conformado por un grupo de seis a diez muchachos y chicas de clase media. Había para todo los gustos, desde el más espiritual al materialista nato, de la chica acomodada a la más rebelde. Sin embargo, un punto unía a toda la pandilla, el placer por la música, el arte y el amor libre. Como ya dije, todo comenzó en la primavera del 76, aunque ya había comenzado mucho antes, sin que nosotros lo supiéramos.

Por aquella época habíamos descubierto el mejor de los trueques, el de la amistad. Y en esa fuerza espiritual nos enriquecíamos cada día. No era una elección selectiva, era una percepción muy íntima y sencilla que no declaraba requisitos.

Por eso había nacido sólida y pura y, sin que todavía lo supiéramos, sería la causa del por qué sobrevivimos cuando otros desaparecían sin dejar rastros.

Nos fuimos enterando de a poquito, por migajas, de que algo raro sucedía. El gobierno de Isabel Perón había sucumbido con más penas que gloria y ya no quedaban salvoconductos democráticos posibles. Ahora te detenían por las dudas, de modo que todos éramos sospechosos de algo hasta que no se demostrara lo contrario.

Tuvimos nuestra primera magra experiencia el 28 de abril del 76. Fue algo así como un ritual de paso en el que abandonábamos la niñez para hacernos repentinamente hombres, así de golpe, sin escala previa. No hubo tiempo para la adolescencia ni para sueños furtivos.

En ocasiones, después de clase, al mediodía, nos reuníamos en el hall de la Estación Constitución. Nos gustaba andar por esos lares porque siempre había alguna pomposa mujercita buena y barata; nos llamaban por el nombre: "*Ven Carlitos que aprenderás algo nuevo*", solían decirle al más avisado del grupo. Aquel día quisimos festejar mi cumpleaños en el *Tren Mixto*, la pizzería de los superpanqueques. A menudo, sacrificábamos el dinero que nos daban nuestros padres para el almuerzo y pasábamos por alto la comida, sólo para jugarlo todo a favor del rey del dulce de leche.

Era una mañana, en apariencia, tranquila; siempre se veían tranquilas. Todo parecía cotidiano, cuando en el fondo, mezclados entre la gente que iba y venía estaban ellos, "*los exterminadores*". Apenas lo veías, sabías muy bien quienes eran. Esa forma autoritaria y prepotente que usaban para demorarte con la excusa de la seguridad. Aparecieron de la nada, confundidos entre la masa; parecían trabajadores rurales que acababan de llegar de la pampa, algunos tenían una gran capacidad de adaptación al medio y pasaban desapercibidos en el tumulto, otros gustaban de mostrarse tal como eran. Bastó un gesto para poner en acción toda esa maquinaria del terror

con el que atacaban a diestra y siniestra. Veían enemigos por todas partes. No preguntaron nada; cuando nos dimos cuenta ya estábamos amenazados de muerte en un sótano sucio y oscuro.

Éramos cinco chiquilines formados contra una pared manchada de sangre. El cuarto olía mal, tal vez a muerte; había un escritorio viejo y una máquina de escribir. Un tipo sentado frente a ella, otro parado enfrente nuestro, el tercero en un rincón empuñando una metralleta y, en el ángulo opuesto, el que daba las órdenes, vestido de negro, gafas oscuras, bigotes y dotado de una voz prepotente y tremebunda que te hacía cagar en las patas.

- *Che, ruso, empezá la función que estoy apuradito. ¡Carajo, estos forritos nos vienen a joder justo a la hora de la comida!*

El ruso lo miró a Carlitos de costado, con una mueca burlona, como si lo hubiera estado estudiando y le cruzó la cara de un cachetazo que hizo temblar el sótano. La sangre le brotó por la comisura de sus labios.

- *A ver vos, boludito, cantá...a quién esperaban ahí arriba...*

Pero Carlitos Reyes era una hoja de papel transparente que se había teñido de rojo, lejos de responder, lloriqueaba como un niño.

- *Huy mirá, está llorando el muy marica* – se mofó el de la mano pesada para seguir con el colorado.

- *A ver vos, cara de gringo. Qué carajo estaban haciendo a esta hora. ¿A quién esperaban? ¿Ustedes no serán montoneritos, verdad? ¡Respondé hijo de puta!* – le vociferó en plena cara a Mac Callister, el de color tomate, que parecía tener la muerte súbita en la piel pálida del rostro.

Cuando quiso responder tartamudeaba como una criatura.

Pero, carajo...¿j no hay un hombre que sepa responder lo que se le pregunta!? – sentenció el jefe que iba perdiendo la paciencia.

A ver, el que sigue, el de los ojitos claros...sí, vos boludo – dijo mirando a Pancho que era el más bonito del grupo – Si éste fuera una mina sabés con que ganas se la metería...¡ ja ja ja ! – escupía mientras se toqueteaba los genitales y reía con el placer entre los dientes.

Todos acompañaron la risotada festejando las ocurrencias del que mandaba. Otra vez el ruso iba a lo suyo con cara de asesino risueño.

- A ver lindo, a que te dedicás, no me digas que sos puto.

- No señor, soy músico – respondió Pancho con firmeza creyendo que era la mejor manera de impresionar.

- A sí, mirá che, tenemos un artista. ¿Y se puede saber que mierda tocás, pelotudito!? ¿Por si acaso no será el Fal que acabó con el polaco la semana pasada, verdad?

- No señor, nada que ver...yo, yo toco el violín.

Panchito de tan sincero terminaba siendo estúpido. Siempre le sucedía lo mismo con las chicas del barrio. Fue la respuesta más tonta que pudo haber dicho. El júbilo estalló entre los polizontes que descargaron una risa apoteótica durante minutos interminables. Cada vez que pretendían retomar la compostura, otra vez expulsaban una risa salvaje. El rostro comprimido se les dilataba como fieras de un circo hecho para un show de sangre y gritos.

Nos largaron a todos, menos a nuestro artista. Aquel día, sin que lo supiéramos, era el debut de lo que vendría. Había sido como un ritual de iniciación con aquellas cosas con las que aprendimos a convivir. El servicio militar hubiera sido un juego de niños. Ahora aprendías en estado crudo lo peor de la naturaleza humana.

El camino abierto a lo impredecible pronosticaba violencia, pero también ideas que jamás murieron...